LOS GUANTES AMARILLOS,

COMEDIA EN UN ACTO:

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

Don Narciso de la Escosura.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1836.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losguantesamaril00baya

PERSONAS.

Don Jaime, *Capitan retirado de Dragones.*

Don Remigio, *Maestro de Baile.*

Don Isidoro.

Doña Clara.

Casilda, *Portera.*

Bautista, *su sobrina.*

La escena es en Madrid, en casa de don Remigio.

721375

El teatro representa una sala con puert
en el fondo; á la derecha una alcoba; á l
izquierda una chimenea, velador &c.

LOS GUANTES AMARILLOS.

ESCENA PRIMERA.

CASILDA. DON REMIGIO.

Cas. (*Abre cuidadosamente la puerta del fondo, y entra con un jarro de leche en la mano.*) Entremos despacito y sin hacer ruido: tal vez estará durmiendo aun.... debe dormir muy profundamente un maestro de baile...! este sobre todo, que trabaja tanto...! siempre en el aire...! Ah! creo que se despierta...

Rem. (*Desde la alcoba.*) Es usted, señora Casilda?

Cas Si, señor don Remigio... no se incomode usted... compondré el cuarto mas tarde...

Rem. (*Lo mismo.*) Hace ya mucho tiempo que me he levantado... me estoy quitando los papillotes... y Bautista, cómo está?

Cas. Mi sobrina! tal cual... tal cual...

Rem. No vendrá esta mañana?

Cas. Nada de eso... dice que es usted un seductor... un ligero... ligero...

Rem. Como Céfiro. (*Sale de la alcoba, en pantalon colan, una gran corbata y en mangas de camisa, cantando y bailando.*) Siem-

pre acudo yo como un relámpago á una voz femenina, sea de párbula ó bien de adulta... He dormido bien... tengo un sueño muy dulce; dichoso mil veces si al dispertarme me devolviera Amor toda la felicidad que me dió soñando. (*Se para con una pierna en el aire, y abrazando á Casilda.*)

Cas. Déjeme usted, señor don Remigio... si entrase alguien... diga usted mismo lo que pensaria...?

Rem. Pensaria que yo tengo la pierna sutil y el jarrete bien tendido... Hé aqui...! Teme usted la murmuracion, señora Casilda?

Cas. Es tan mala esta gente...! es un infierno; en estas casas los vecinos tienen unas lenguas...!

Rem. Como la de usted...! Le han concedido á usted privilegio para murmurar?

Cas. Sí, porque este privilegio se cuenta todos los años entre los gages de la portera.

Rem. Y por otra parte... qué es lo que podrian decir de usted...? una muger de edad, con sus barbas corespondientes...

Cas. Cómo...!

Rem. Oh! tiene usted unas pocas... tanto mejor! eso anuncia una virtud sólida... y que no corre riesgo por hacer piruetas... (*Hace algunas piruetas.*)

Cas. Pero eso no impide sin embargo que se hable... y no tiene nada de particular... una portera que tiene buenos ojos...

Rem. Con los espejuelos.

Cas. Que ve entrar á todo el mundo, y que se permite su puntica de moralidad sobre las personas de ambos secsos que se reciben... tambien es preciso ver qué vestido me cortan á mí los vecinos.

Rem. Bah! Pues qué, la han cortado á usted el que lleva?

Cas. (*A la chimenea.*) Hem! Porque...

Rem. Porque no les alabaria yo el gusto... qué hace usted ahí?

Cas. Su desayuno de usted...

Rem. Bah! no vale la pena; almuerzo fuera... en un colegio de señoritas en que doy leccion de baile...! Celebramos á Santa Catalina, su patrona... no seremos mas que mugeres...

Cas. Qué es lo que dice usted?

Rem. Ah! qué bestia soy...! ya...! usted no sabe que á causa de mi timidez y de mi dulzura me tratan absolutamente como si fuese una señorita...

Cas. Cómo! Luego no es lo que dice Bautista... asegura que es usted un seductor... un malvado...

Rem. Es posible, Dios mio! yo que no puedo mirar cara á cara á una muger sin temblar y sin avergonzarme... cierto! y por eso he perdido mi carrera: á no ser asi, aqui donde usted me ve, sería primer bailarin del teatro del Príncipe.

Cas. Bah! y es eso lo que ha impedido...?

Rem. Ah! mire usted... yo soy discípulo de Alard... Alard, el que hacia el Jocó, y me

atrevo á decir que no ha sacado otro mejor que este cura... Es preciso convenir tambien en que no encontró hombre mejor vaciado y de partes mas adecuadas... una gracia, una flecsibilidad... un pie y una ligereza...! me llamaba su Eolo...

Cas. Qué es eso de Eolo...?

Rem. Es el dios de los vientos, querida. Pero, absorvido por el estudio del baile, yo no habia entregado aun mi corazon á los dulces impulsos de un amor voluptuoso... en otros términos, yo no habia amado aun... Oh! nada de eso! y la vista de una muger tenia la virtud de quebrarme brazos y piernas, que es bastante incómodo para un bailarin. Mi maestro preparaba mi salida, y se convino con el director del teatro del Principe en que sería la primera en un terceto con las señoras... en fin, dos bailarinas francesas... Salí... el teatro estaba lleno. Alard me miraba, y me atrevo á decir que con satisfaccion... yo estaba bien, con peluca rubia... desnudo hasta la cadera, y un carcaj en la espalda: mil anteojos me devoraban, y yo bailaba... jamas se habia bailado como entonces; era cosa de quedarse estupefactos... Acababa yo de hacer una cabriola horizontal y de abrirme hasta las orejas, cuando vi aparecer á mis dos ninfas de que hablaba, con el pecho descubierto y las canillas al aire, con una falda de cinco á seis pulgadas, ni una línea mas, querida. Las vi, y desde

aquel momento perdí la cabeza, se me estravió la pierna, y un sudor frio dió al traste con mis triunfos; aun bailaba bien, pero... ya no era lo que antes; sin languidez, sin voluptuosidad, la pirueta era floja, y la cabriola se me deslizaba entre las piernas, que parecian dos flautines; mis bailarinas me habian paralizado, y oía murmurar á mi alrededor: "No hay fuego! no hay fuego...!" al contrario, yo era todo fuego, estaba hecho un volcan... ya no sabia lo que me pasaba, y me retiré en medio de un murmullo general, que acabó de echarme á pique é hizo la fortuna de otro jóven cuya salida dos dias despues de la mia tuvo un suceso colosal, aunque no me llegaba á la suela del zapato.

Cas. Y piensa aun del mismo modo en cuanto á...?

Rem. Lo que usted dice... he tomado aborrecimiento al teatro y horror á las bailarinas, y he descendido hasta el vil oficio de manufacturero, trabajador con las piernas; en otros términos, soy maestro de baile mientras se proporciona otra cosa mejor. Este es un oficio que me humilla algo; yo, que debia representar al Amor, á Céfiro y á Apolo; yo, cuyos pies se habian hecho para volar... yo menosprecio mis talentos. Pero cuando mido el suelo con paso ligero parezco un dios que desciende á la tierra. Es cierto que estoy ya algo aguerrido, y que las mugeres me han dispensado ya algunas bondades... pero

no por eso he dejado de conservar cierto aire de candidez que me vale la confianza de las familias y de las directoras del colegio.

Cas. Y que no le ha impedido á usted de querer contar con él para seducir á mi sobrina...

Rem. Yo! si he pensado en eso, que el diablo... la lleve usted.

Cas. Tanto, que ha jurado no volver á poner los pies aqui...

ESCENA II.

DICHOS. BAUTISTA.

Bau. (*Dentro.*) Tia! tia!

Cas. Ella es! Aqui estoy!

Bau. (*Sin salir.*) Quiere usted venir, tia?

Rem. Entre usted, Bautista... Bautista, puede usted entrar, no hay peligro; Bautista... estoy vestido.

Bau. Gracias, caballero; quiero hablar á mi tia...

Cas. Pues bien, entra; estoy aqui. (*Entra.*)

Rem. No hay que temer, Bautista; está usted en casa de un amigo, bien lo sabe usted...

Bau. Yo sé, señor, que usted me amaba... usted lo decia al menos.

Rem. Y aun te amo...

Cas. Toma! si se aman ustedes... no hay mas que hablar... está hecho al momento... escuchad, no habrá en eso afrenta... los dos trabajareis, usted con sus piernas, ella con sus manos; puede establecerse en casa de una modista... y un buen matrimonio...

Rem. Señora Casilda, déme usted mi frac azul y mi sombrero nuevo.

Cas. Corriendo...! Dios mio...! un sobrino como usted, qué bien me vendria... (*Va á la alcoba.*)

Rem. (Sí, en eso estoy pensando; un discípulo de Alard para la portería.)

Bau. Tia!

Rem. (*Deteniéndola.*) No se vaya usted, Bautista... Duerme usted en la alcoba inmediata á la mia?

Bau. Sí señor, mientras está desalquilada.

Rem. En la alcoba contigua á la mia... no hay necesidad de bajar los ojos por eso, Bautista, hay un tabique y una puerta condenada de por medio... la llave de esa puerta debe usted tenerla.

Bau. No señor, que la tiene mi tia.

Rem. Y su sobrina se la cogerá?

Bau. No señor; esa puerta no se abrirá mas que á mi marido...

Rem. Dichoso el que pase por esa puerta! (Se ha puesto encarnada!)

Cas. (*Trayendo el frac.*) Aquí está, señor don Remigio... se pone usted sus guantes amarillos, que estan sobre la cómoda?

Rem. No, son los guantes que me pongo cuando voy á la ópera; como esos señores de la orquesta... A propósito, Bautista, ha limpiado usted los que le envié por la tia?

Bau. Sí, yo los mandaré...

Rem. No, tráigalos usted misma... usted mis-

ma, entiende usted... Bautista, hablaremos.

Bau. De nuestra boda...?

Rem. Sí, sí; hoy, Bautista...

Cas. Ah...! pero ahora que me acuerdo, qué es lo que tenia usted que decirme?

Bau. Ay! Dios mio! me olvidaba: el cartero, que está abajo...!

Cas. Oh! pobre hombre...! pero allá voy, tendrá alguna carta que darme... y puesto que usted se va, me tomaré esta leche... (*Toma la leche.*)

Bau. (Él me ama, qué gusto!) (*A Casilda.*) Allá voy.

Rem. (*Bajo.*) Quédese usted.

Bau. Yo no puedo quedarme sin mi tia mas que con mi marido.

Rem. Yo vendré á esperarla á usted, y creo que volverá usted á traerme los guantes. (*Vanse.*)

ESCENA III.

DON REMIGIO, *poniéndose el frac.*

Es una perla Bautista; por desgracia un poco tonta; habla del casamiento como el gran turco habla de otra cosa. No es que yo no pueda... ciertamente no se me caeria la venera... mi padre... yo me he criado solo... (*Sacando el reloj.*) Diablo! las nueve, y mi almuerzo de Santa Catalina... las muchachas se alegrarán mucho de verme; qué delicioso dia voy á pasar! (*Llaman á la puerta del fondo.*)

Qué es esto? vendrá ya Bautista? (*Llaman mas fuerte.*)

ESCENA IV.

DOÑA CLARA. DON REMIGIO.

Cla. Abra V! abra V.! ~~Abrid! abrid!~~ (*Con voz ahogada desde dentro.*)

Rem. Voy! voy! (*Abre.*)

Cla. Señor... señor... (*Precipitándose en el cuarto.*) sal~~vadme~~. vame V.

Rem. Ah! Dios mio!

Cla. Sal~~vadme~~ vame V., ó soy perdida...

Rem. Señora... á V.

Cla. Me deberé el honor y la vida.

Rem. Pues no deseo yo otra cosa... pero no tengo... sabra V.

Cla. Ya ~~sabreis~~ quién soy... yo ~~os~~ le diré... (*Asustada.*) Ah!

Rem. Hem?

Cla. Es él!

Rem. Quién? Calle V.

Cla. ~~Callad~~... nos mataria á los dos...!

Rem. Qué! (*Doña Clara se mete en la alcoba y cierra la puerta.*) Bien, en mi alcoba... en mi alcoba... como si se metiera en su casa... me parece que no hay nada que decir...

ESCENA V.

EL CAPITAN. DON REMIGIO.

Cap. (*Aparece de pronto en el fondo.*) Estará aqui?

Rem. A otra puerta! (*Se pone á bailar aparte, y mirándole de reojo.*) Oh! qué aire tan solemne; como el Júpiter de la ópera... cuando baja del cielo con manto amarillo.

Cap. Caballero...

Rem. Ah! caballero... (*Fingiendo no haberle visto.*)

Cap. Servidor.

Rem. Beso á usted las manos...

Cap. Parece que está usted algo turbado...

Rem. Oh! un poco acalorado... hace una hora que estoy haciendo batimanes...

Cap. No ha visto usted á nadie?

Rem. Decia usted que...

Cap. No ha visto usted entrar aqui á nadie?

Rem. No comprendo.

Cap. (*Colérico.*) Voto vá! (*Conteniéndose.*) Perdone usted: (*Mirando al rededor saca un par de guantes amarillos del bolsillo.*) Me atreveria á pedir á usted un favor?

Rem. Por qué no...?

Cap. Quiere usted tener la bondad de probarse estos guantes?

Rem. Ah...! el señor vende perfumes, y...

Cap. (*Interrumpiéndole.*) Caballero, yo no vengo aqui á chancearme... quiere usted probárselos, sí ó no?

Rem. (*Tomándolos.*) Al momento... (Si entiendo una palabra que me emplumen...)

Cap. Y qué...?

Rem. (*Probándoselos.*) Y qué...? Sus guantes de usted me estan muy pequeños.

Cap. Muy pequeños...

Rem. Imposible el meter todos los dedos.

Cap. (*Recogiéndolos.*) Caballero, siento mucho haber molestado á usted.

Rem. Parece que no tiene usted nada mas que mandarme?

Cap. (*Yéndose.*) Dios mio! No, no.

Rem. (Buen viaje...! estas gentes me meten un miedo... no puedo tenerme sobre las piernas.)

Cap. (*Vuelve y le da un golpe en la espalda.*) Sí tal.

Rem. (*Asustado.*) Ah! señor...

Cap. (*Metiendo los guantes en el sombrero.*) Pues que usted quiere hacerme algun servicio... hay uno que yo podria reclamar para hoy... pero para eso debo hacer á usted una confianza, que en ninguno estará mejor depositada... me parece usted un hombre honrado... mi visita, mi aire brusco... este par de guantes... todo le ha sorprendido...

Rem. Un poco... en otros términos... mucho.

Cap. Yo vivo en el piso principal de esta casa... soy un capitan de dragones retirado...

Rem. Es posible! Tenga usted la bondad de sentarse...

Cap. Gracias... Dejé el servicio para casarme

con una muger jóven y bonita, con quien no soy el mas feliz de los hombres.

Rem. En otros términos... es usted...

Cap. (*Mirándole con severidad.*) Cómo, caballero...?

Rem. Suplico á usted que continúe, señor capitan.

Cap. Hace algunos dias que yo tenia sospechas vagas... por fin, ayer noche al entrar en mi casa... de improviso... veo á mi muger turbada, temblando; me malicié algo... y despues de registrarlo todo me acosté.

Rem. Hasta aqui no hay motivo para matar una pulga.

Cap. Pero esta mañana, al pasar por la sala, qué es lo que vi sobre el canapé? Un par de guantes amarillos.

Rem. Sobre el canapé... parece cosa de comedia; ese es puro adulterio.

Cap. Sí señor, los mismos guantes que acaba usted de probarse.

Rem. Ellos no habrian ido solos alli...

Cap. Mi muger entraba conmigo... la miro, se pone pálida, titubea... me arrojo sobre los guantes... ella se precipita en el comedor, y me deja encerrado en la sala.

Rem. Tal cual...!

Cap. Y corre á buscar en la casa, no sé en qué cuarto... un asilo contra mi cólera...

Rem. Cómo! Es la señora...

Cap. Qué...

Rem. (*Volviendo en sí.*) Ah! se marchó...

Cap. Si señor, pero no puede estar lejos, porque yo salí casi al mismo tiempo que ella... la portera no la ha visto pasar; está aun en la casa, con su cómplice sin duda! pero aunque sea el diablo yo la encontraré! y el miserable que le ha dado asilo perecerá á mis manos! con pistola, espada, sable... no importa, yo le... (*Viendo á don Remigio casi desmayado.*) Pero qué es lo que tiene usted, caballero...? qué pálido...! está usted malo...?

Rem. Cierto... no estoy bueno... tengo una sensibilidad tan esquisita, para los negocios de esta especie en general, y en particular para los duelos... Conozco que me caigo, señor, me caigo. (*Cae sobre una silla.*)

Cap. Ah! Dios mio! recóbrese usted... mi intencion no ha sido... estoy desconsolado... no hay un frasquito... agua de colonia... cualquier cosa... Ah! (*Se precipita en la alcoba con el sombrero en la mano.*)

Rem. Toma! cáspita! dónde va? dónde... (*El capitan vuelve con un frasco en la mano; don Remigio cae de nuevo.*) Muerto soy!

Cap. Aqui está, aqui está... qué diablo de hombre...! esto es una señorita... (*Le echa agua en la cara.*)

Rem. Ah! señor... ha encontrado usted...?

Cap. Este frasco de agua de colonia... recóbrese usted... eso no es nada...

Rem. (*Levantándose.*) Ah! Bah...!

Cap. Y yo, que vengo á ocupar á usted de mis negocios... y á perder mi tiempo... cuando

deberia recorrer toda la casa...! lo que tengo que pedir á usted es, que en caso de encuentro me sirva de segundo...

Rem. De segundo sí... con tal que no sea de primero...

Cap. Lo que importa es impedir que mi muger salga de esta casa y vaya á la de su padre.

Rem. No habria gran mal en eso...

Cap. Al contrario, yo quiero que este sea un negocio entre los dos... por razon... A Dios, mi querido vecino... Ah! mi sombrero. (*Entra en la alcoba.*)

Rem. (*Asustado.*) Dónde va...? otra vez...!

ESCENA VI.

DICHOS. CASILDA.

Cas. (*Dentro.*) Señor don Jaime! señor capitan...!

Cap. (*Vuelve.*) Ah! es la portera... (*A don Remigio.*) Perdone usted.

Rem. (No sabe nada... Hé aqui un marido y una muger con talento para jugar al escondite...!)

Cap. Qué hay de nuevo, señora Casilda? ha salido alguien?

Cas. Nadie; tranquilícese usted; y nadie saldrá sin que se le vea; tengo en mi cuarto tres comadres que estan furiosas como yo. Ah! nosotras cuidamos de la moral...

Rem. (O viejas infames!)

Cap. Y aquel jóven que cree usted haber visto bajar anoche?

Cas. Es la vecina quien lo dijo; abajo está, y ella misma le esplicará á usted... Vamos...

Rem. (Anda, ecsecrable matrona...!)

Cap. Está bien...! puedo contar con usted...

Cas. Ciertamente... sin necesidad de los veinte y cinco duros prometidos yo le serviria á usted...! Porque yo soy una muger honrada, y quisiera que quemaran á todas las que se estravían! Sabe usted, don Remigio...? esa señora bonita del cuarto principal... (*Remigio le hace gestos.*) Hem! por qué me hace usted esos gestos?

Cap. (*Que salia, se vuelve atras.*) Hem!

Rem. (*Sonriéndose.*) Yo... por ejemplo... cuando quiero hacerme el amable...

Cas. En buen hora... Pues bien! Figúrese usted que está en el cuarto de alguno... (*Remigio le hace gestos.*) Ah! Dios mio... no haga usted esos gestos...!

Cap. (*Deteniéndose.*) Hem!

Rem. Vaya...! está usted loca...

Cap. (Es original!) (*A Casilda aparte.*) El señor no tiene mas que estas dos habitaciones...?

Cas. Nada mas; y él no sería capaz... (*Remigio acompañándolos, la pellizca.*) Ah! me pellizca usted...

Rem. Tengo honor; cuente usted conmigo. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DON REMIGIO.

(*Cierra la puerta del fondo, y se apoya como si se sintiese malo.*)

Capitan de dragones...! no tengo un hilo seco desde la corbata hasta las calcetas... se me podria retorcer... Si hubiese sabido buscar bien...! aun tiemblo; y si hubiese encontrado á su muger en mi alcoba! porque esa es su muger... Aunque él haya dejado el uniforme, el dragon no ha perdido la forma en cuanto á la cabeza...!

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA. DON REMIGIO.

Cla. (*Sale de la alcoba, y despues de haberlo mirado todo va hácia don Remigio.*) Caballero...

Rem. (*Sorprendido y gritando.*) Ah...! creí que era él...

Cla. (*Apoyada en una silla.*) Me ha asustado usted...

Rem. Es que el hombre me parece algo brusco, en otros términos, muy animal.

Cla. A quién se lo dice usted? Esa es la causa de todas mis desdichas... pero no me atrevo á levantar los ojos delante de usted... des-

pues de lo que acaba de confiarle debe usted tener de mí una idea...

Rem. Nada de eso... nada de eso... (Es una brava hembra!)

Cla. Si yo hubiese engañado á mi marido...

Rem. Bah! y eso qué importa...? Un dragon...

Cla. No señor, no... yo no soy culpable, y cuando usted sepa que don Jaime está reñido con toda mi familia... que no me deja ver á nadie... y que mi primo Isidoro especialmente le causa unos zelos...

Rem. Ah! era un primo...

Cla. Carnal... mi marido no le conoce, pero sabe que se ha criado conmigo, que nos amábamos... y si le hubiese encontrado en mi casa...

Rem. Pues entonces cómo no sospecha el dragon en él? porque esos malditos son muy cavilosos.

Cla. Es que cree á mi primo en Barcelona, donde reside ya hace cuatro años, mucho antes de mi casamiento... llegó ayer; viene á buscar un primer bailarin para el teatro de Barcelona, de que es empresario...

Rem. Bah! un primer bailarin...

Cla. Está en la posada de enfrente, (*Mostrando la alcoba.*) y vino á verme en secreto en ausencia de mi marido... no estuvo mas que un instante... y ~~os juro, señor.~~ le juro á

Rem. Sí, sí, voto vá...! yo lo creo! (Es una brava hembra!)

Cla. Don Jaime no me creerá jamas... ahora,

sobre todo, que no fui dueña de un primer movimiento de miedo... Asi, quiero irme á casa de mi padre... alli veré á mi marido, alli me justificaré... porque mi padre le impone mucho... y luego como mi dote no se le ha entregado...

Rem. Y él lo desea... Mucho quieren el dinero esos dragones... Por eso desea tenerla á usted aqui... á su pesar... y si supiera...

Cla. Felizmente no me hallará; gracias á la generosa hospitalidad que usted me ha dado...

Rem. Ah! sí... pero si lo descubriese... estaba yo fresco...! ahora, cuando le vi volver á mi alcoba, me dió un sudor frio...

Cla. Y á mí tambien... felizmente, oculta entre las cortinas...

Rem. Cierto! mis cortinas color de punzon...!

Cla. Sí, alli estaba yo metida y temblando... no lo olvidaré en mi vida...! pero debo sentirlo por mi virtud...

Rem. Yo tampoco lo olvidaré, pero sentiré lo contrario.

Cla. (*Escuchando.*) Ah! creo oir... no... caballero, solo en usted confio... yo se lo suplico á usted, no me abandone...

Rem. Pero... es que... mire usted... es preciso que yo salga...

Cla. Oh! sí señor, yo iba á pedírselo á usted; sí, salga usted y vaya á casa de mi padre, don Diego Roca, calle del Arenal, número 7 nuevo... prevéngale usted de lo que pasa... digáselo usted todo... que venga á salvarme...

Rem. Pero si usted misma fuese á casa de su padre...?

Cla. Y la señora Casilda, que está de centinela... ya la ha oido usted... me perdería...

Rem. Perfectamente... pero, yo no puedo... ya ve usted... los negocios...

Cla. Ah! es usted demasiado amable para negarse...

Rem. Permítame usted...

Cla. Yo le suplico...

Rem. (Es una brava hembra...) (*Alto.*) Decíamos, pues, calle del Arenal, número 7 nuevo, don Diego Roca... Le contaré la historia de los guantes amarillos... pícaros guantes amarillos...! no puedo pensar en ellos sin estremecerme... si me hubieran entrado... Por fortuna, tengo una mano bonita... pero otro que no tenga igual suerte...

Cla. Oh! ya no temo nada... ya lo he compuesto...

Rem. Lo de los guantes amarillos...! pues cómo...?

Cla. Él se los dejó en el sombrero... ...(*Llaman. Don Remigio va á la puerta sin oirla.*) felizmente, encontré otros sobre la cómoda...

Rem. (*Cerca de la puerta, donde ha estado escuchando.*) Cielo! alguien viene!

Cla. (*Vuelve á la alcoba.*) Yo me escondo...!

Rem. (*Solo.*) Asi... siempre á mi alcoba... (*Suspirando.*) Decididamente es una hembra magnífica...! y cuando pienso que está ahí, entre

mis cortinas... como una paloma... y que... Diablo...! (*Despues de un momento de reflecsion.*) Pícaro...!

ESCENA IX.

DON REMIGIO. BAUTISTA.

Bau. (*Desde dentro.*) Señor don Remigio...! señor don Remigio...!

Rem. (*Abriendo.*) Ah! Bautista... llega á buen tiempo...

Bau. (*Con una caja de carton en la mano.*) Soy yo, don Remigio... ya ve usted que vengo...! me fio...

Rem. Gracias, chiquita, gracias. (*Va á cerrar la puerta de la alcoba.*) Eres muy buena...

Bau. No es asi? sin temor de comprometerme... porque si me viesen aqui... pero no me importa; usted tiene buenos fines, y yo me arriesgo...

Rem. Eres hermosa, mi querida Bautista; y si tuviera tiempo... A Dios. (Calle del Arenal, número 7.)

Bau. Cómo, señor...? me recibe usted asi...! Es esto todo lo que tenia usted que decirme?

Rem. Absolutamente todo por ahora.

Bau. (*Llorando.*) Cómo! me despide usted...

Rem. No tal! quédate... Ah! si lloras... (Eso es! dos mugeres sobre mí... qué bueno es, sobre todo cuando lloran... pero no es esto para volverse loco! yo que era feliz, y estaba tranquilo esta mañana...)

Bau. (*Presentándole la caja.*) Tome usted sus guantes amarillos.

Rem. (*Asustado.*) Mis guantes amarillos!

Bau. Yo misma los he limpiado...

Rem. Mis guantes amarillos...! yo no los tengo... no los quiero... Bautista, llévatelos...! en adelante me los pondré verdes... azules... negros... aunque sean de percal... me es igual... pero amarillos...! amarillos...! los detesto... los odio... los ecsecro... Bautista, vete con tus guantes amarillos... me hacen daño...

Bau. Oh! ese es un pretesto... veo que soy yo quien incomoda...

Rem. Bautista, no pienses tal cosa...

Bau. Sí tal...! por mas que usted me diga, aqui hay algo.

Rem. Nada... nada... y la prueba es, que puedes quedarte... (Tengo la llave en el bolsillo.)

Bau. No... voy á decírselo todo á mi tia Casilda...

Rem. Cómo...! quédate, Bautista... quédate... yo te lo ruego... espérame... hablaremos de la boda... aqui...!

Bau. Ah! con mucho gusto...

Rem. Yo que estaba hablando de mi dia delicioso... Roca... calle del Arenal, número 7.

Bau. Se va usted al colegio?

Rem. Me consumo...! voy á llegar cuando esten en el café, y si siguen fastidiándome como hasta aqui, me parece que me desayunaré despues de comer... A Dios; pronto vuelvo...

pero sobre todo, cuidado con decir nada á tu tia...

Bau. No tema usted... nada sabrá...

Rem. (*Al salir.*) Cuidado; ni una palabra á tu horrible tia...!

ESCENA X.

BAUTISTA.

Hem? Qué es lo que dice de mi tia...? pero cómo me trata á mí sobre todo...! amándome tanto...! á mí... que vengo sin desconfianza á hablarle de lo que me dijo esta mañana... Yo su muger...! la muger de un maestro de baile! Oh! qué dichosa soy...! y las señoritas del almacen cuando sepan mi boda, ellas que se burlaban de mí, verán lo que se gana con ser juiciosa... y siempre es mejor esto; que los amantes de capricho se mudan cada dia, pero los maridos son un fondo mas sólido, y que dura siempre...

ESCENA XI.

CASILDA. BAUTISTA.

Cas. Y bien, Bautista, sabes lo que pasa?

Bau. No, tia.

Cas. Ni yo tampoco entiendo una sola palabra. Figúrate tú que el capitan parece que sospecha de don Remigio...

Bau. Ah! Dios mio!

Cas. Es decir, de don Anselmo, el empleado que vive en el cuarto segundo, y es amigo de don Remigio, y que esta mañana al ir á su oficina se llevó consigo la llave de su cuarto.

Bau. Con que ella está en el cuarto segundo...

Cas. El capitan acaba de enviar á buscar á su notario para saber lo que ha de hacer.

Bau. Y cree usted que el señor don Remigio tenga parte en esto?

Cas. El capitan lo teme, y por eso sin duda, ahora viéndole salir con una inquietud que parecia un loco, se marchó detras de él con mucho silencio...

Bau. El capitan...?

Cas. Va siguiendo á don Remigio de lejos; quiere saber si va á reunirse con el otro; el hecho es, que debe haber algo en esto... los gestos que él me hacia... no es natural...!

Bau. Ah! Dios mio! pero cuando pienso en el modo que tuvo de recibirme...! despues de lo que me ha prometido, sería una felonía que yo...! y podria suceder alguna desgracia.

ESCENA XII.

DICHAS. ISIDORO.

Isi. (*Entra de priesa.*) Es aqui, sí, estoy seguro...

Cas. Qué querrá este caballero...?

Isi. (*Mirando al rededor.*) Señora, perdone usted; es este su cuarto de usted...? (No veo la ventana.)

Cas. No señor, no: es el de don Remigio.

Isi. Don Remigio? y qué significa eso?

Bau. Es un jóven, señor, un artista.

Cas. Pero... es gracioso...!

Isi. Un artista, un jóven... Sin embargo, este es el piso tercero... dígame usted, la ventana que cae sobre la posada de enfrente, en que yo vivo...?

Bau. Está ahí, en la alcoba de don Remigio.

Isi. Cómo, en su alcoba!

Cas. El señor quiere tal vez ver el cuarto para alquilarle, no es asi?

Isi. (Luego es la ventana de don Remigio donde acabo de ver á mi prima... la broma es algo pesada...!) (*Alto.*) No se puede entrar en esa alcoba, señora?

Cas. Cuando le digo á usted que no se puede alquilar, caballero.

Bau. Ademas, que él se ha llevado la llave.

Isi. (Ah! eso es, cerrada.) (*Mirando á la puerta y levantando la voz.*) Pero don Remigio volverá, yo le espero...!

Bau. (Qué es lo que tiene que hablar con la puerta?)

Cas. Si quiere usted sentarse...

Isi. Gracias! (*Volviendo al medio del teatro.*) Dígame usted, buena muger, usted conocerá sin duda en esta casa á doña Clara...

Cas. La muger del capitan, que se ha escapado

de casa de su marido esta mañana?

Isi. Podria ser...! (Por eso ella se negaba á recibirme... lo que me decia de los zelos de su marido...) (*Alto.*) Y se sabe por qué motivo...? habia...?

Cas. Sí señor, sí, cosas horrorosas; ella se ha conducido muy mal con un jóven.

Bau. Eso tal vez no es cierto.

Isi. Ah! voto á... (Un marido, no digo, debo respetarle; pero un rival...!)

Bau. Señor, creeria usted que don Remigio sería...

Isi. Don Remigio! es un infame, un miserable!

Cas. Qué es lo que dice usted?

Isi. (Él las pagará todas...! llegar espresamente de Barcelona para que ella me venda... solo á mí me sucede llevar las cargas de marido, sin gozar de ninguna de sus ventajas.)

ESCENA XIII.

DICHOS. DON REMIGIO.

Rem. (*Pálido y desencajado.*) Una silla.

Bau. Es él!

Isi. (Don Remigio...)

Rem. (*Cae sobre la silla.*) Un sillon, un vaso de agua! no puedo mas... estoy estenuado... hecho pedazos... abismado... cerrar la puerta.

Cas. Qué es lo que tiene...?

Rem. Ah! señora Casilda... baje usted á su cuarto inmediatamente... mi querida señora Casilda. Yo se lo suplico á usted... y si el capitan pregunta por mí, diga usted que no he vuelto... felizmente le llevo ventaja...

Cas. Luego ha sucedido algo?

Rem. Sí... sí... baje usted.

Cas. Ah! ya estaba yo segura...! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ISIDORO. DON REMIGIO. BAUTISTA.

Bau. Cómo, señor, sería usted...?

Rem. Déjame en paz, querida: (*Ap. y mirando á la puerta de la alcoba.*) precisamente ella debe saber lo que pasa... buen apuro está...

Isi. (*Acercándosele.*) Por fin es usted, amigo..

Rem. Para servir á usted... Abur... Qué figura es esta...?

Isi. Caballero, yo vengo...

Rem. Para una leccion tal vez...

Isi. Tal vez...! y usted me esplicará...

Rem. Todo lo que usted quiera... pero antes es preciso que le cuente (*Mirando á la puerta y mostrando á Bautista.*) á esta jóven la aventura que me hace volver... y un poco alto... (para que la otra lo entienda...)

Isi. Pero señor...

Rem. (*Acercándose á la puerta y levantando la voz.*) Hé aqui lo que es... hum...! hum...

yo salí, segun convinimos... y fui aprisita... para llegar mas pronto...

Bau. (Ya está hablando con la puerta.)

Isi. (Entiendo, ella escucha...)

Rem. Cuando al llegar á la calle de Carretas, paf..., un cartero se me mete entre las piernas; caigo al suelo... él me llama bruto... yo me levanto para pedirle perdon, y qué es lo que veo...? El capitan, que me iba pisando los talones...

Isi. El marido...!

Rem. Hem...? (Parece que tiene una tintura del negocio...) á tal vista, tengo alas, y me lanzo como una flecha en la Puerta del Sol... donde todos los perros del barrio, viéndome correr, echan á ladrar tras de mí... uno, sobre todo... yo me vuelvo á llamarle estúpido... y veo al mismo capitan que continuaba persiguiéndome... me meto en la calle del Arenal, y ya llegaba al número 7, cuando veo al monstruo del capitan que iba á caer sobre mí, soplando como un búfalo... yo me escurro, y antes de entrar en casa del señor Roca...

Isi. Mi tio...!

Rem. (*Yendo hácia él.*) Qué...! es su tio de usted el señor Roca...? en otros términos, usted es su sobrino... don Isidoro... de Barcelona...?

Isi. El mismo, caballero.

Rem. (*Bajo.*) Chist...! Ella está ahí...

Isi. Eh! lo sé... y por eso vengo...

Rem. (*Bajo.*) Mal hecho... eso no conviene.

Isi. Cree usted...

Bau. (Qué es lo que hablarán tan bajo...!)

Rem. Usted no debe estar aqui... (*Bajo.*)

Isi. Y usted se queda...!

Rem. Yo...! pues esto es bueno...!

Isi. (*Apretándole la mano.*) Sí, usted...!

Rem. Esto es ya demasiado... y hágame usted el favor de desfilar...

Isi. No señor...

Rem. No...! Ah...! quiere usted que él nos mate. (*El capitan aparece en el fondo muy sofocado; se detiene y observa.*)

Bau. Don Jaime...!

Isi. (El marido...!)

Rem. (Bien estoy... si cree que yo los he reunido...) Ea pues! (*A Isidoro.*) déjeme usted hacer...

ESCENA XV.

DICHOS. EL CAPITAN.

Cap. (Uno de los dos es...)

Rem. (*Con desembarazo.*) Decíamos, pues, mi amigo, que en esta nuestra primera leccion...

Isi. (Qué es lo que está diciendo...?) (*El capitan hace seña á Bautista de que calle.*)

Rem. Veamos...! la cabeza alta... la pierna derecha hácia adelante, el cuerpo mas encorvado... (*Bajo.*) Préstese usted á esto; asi le desconcertamos... (*Alto.*) Los codos hácia fuera...

Bau. (Vaya...! le está dando leccion de baile...)

si. (*Bajo á don Remigio.*) Se burla usted de mí, caballero...

Rem. (*Lo mismo.*) Chist...! eso le desconcierta...!

si. (Es preciso callar por compasion de ella...)

Rem. (*Alto.*) En algunas lecciones sabrá usted lo bastante para bailar en los bailes de Oriente, de Santa Catalina, y en otros de buen tono... (*Bajo.*) Se acerca la ocasion... Ah! si quisiera usted salir al teatro, eso sería otra cosa... yo, que he pasado por ahí, y que podia ser primer bailarin... (*Le suelto esta al paso....*) (*Alto.*) yo puedo... (*Va á hacer una cabriola... el capitan que está á su lado le detiene la pierna en el aire, y queda en equilibrio.*) Ah...!

ap. (*Con calma.*) Perdonad... yo no os impido...

em. (Tiene la sonrisa de una Hiena...) (*Alto.*) Puedo dar á usted una muestra de lo que sé hacer.

au. (Oh! Dios... va á bailar...!)

em. (*Haciendo varias posturas.*) Poseo todos los géneros... el baile tierno y voluptuoso, y el baile sutil que se ejecuta sobre los pulgares; con mi jarrete pongo á cordes á los partidarios de las dos bellezas...

ap. (*Con calma.*) Usted está por las bellezas...

em. Sí... algunas veces... (Anda, capigorron...!)

ap. Pero no hace usted bailar al señor...?

Isi. Eh! Es inútil.

Cap. No tal! no tal...!

Rem. Veamos, jóven... (*Bajo.*) Préstese usted á ello, ó somos muertos... (*Alto.*) Decíamos, pues, que era necesario empezar...

Cap. Empezar por ponerse los guantes...

Rem. Oh...! los guantes... cree usted que...

Cap. Sin duda...

Bau. Siempre con los guantes...

Isi. Eh...! yo no los tengo.

Cap. (*Pasa con frialdad entre ellos y se lo presenta.*) Aqui estan... Si quiere usted tener la bondad de ponérselos...

Rem. Los guantes amarillos! pesado dragon!

Isi. Gracias, caballero.

Cap. Pruébeselos usted, ó podré creer cosas...

Isi. (*Despues de ecsaminarlos.*) Dios mio... Por complacer á usted...

Rem. Ah! Pues no sabe... (*El capitan le mira. Él toma un guante.*) Ciertamente, si el señor puede metérselos mejor que yo...

Cap. Lo veremos.

Isi. Me vienen muy grandes. (*Mientras que se prueba un guante, y que el capitan le observa, don Remigio se pone maquinalmente el otro, que le viene muy bien.*)

Rem. (*Titubeando, aparte.*) Cielos! este me viene. (*Oculta la mano.*)

Cap. A usted tampoco...? es particular! (*A don Remigio.*) El señor debe conocer la persona á quien le pueden venir bien...

Rem. Yo...! ya vió usted esta mañana... (Este me viene...!)

Cap. Tal vez le vendrán á la persona que le envió á usted esta mañana á la calle del Arenal, número 7. Hem?

Rem. (*Quitándose el guante por detras.*) A mí...? pasaba casualmente...

ESCENA XVI.

DICHOS. CASILDA.

Cas. Don Jaime, señor capitan! El notario que esperaba usted está en su cuarto.

Cap. (*Pasando al lado de Casilda.*) Gracias... Y la puerta?

Cas. Tranquilícese usted: está guardada...

Cap. (*Bajo á don Remigio.*) En cuanto á usted, caballero, me dirá usted lo que iba á hacer á la calle del Arenal, número 7.

Rem. Oh! allí ó en otra parte... tengo en el barrio lecciones de baile...

Cap. Como la que daba usted al señor... (*A Casilda, señalando á Isidoro.*) Es este don Anselmo?

Cas. No... acaba de entrar ahora.

Cap. Ah! allá voy... (*A don Remigio.*) Pero esta esplicacion no puede bastarme, y puesto que tanto le gusta dar lecciones, yo le daré á usted una...!

Rem. A mí?

Cap. Voy á hacer una visita al cuarto segundo,

en casa de su amigo de usted; en seguida usted elige armas...

Bau. Ah! Dios mio.

Rem. (*Bajo á Isidoro.*) Ah! Diga usted, pues, que...

Isi. (*Agarrándole por el brazo y bajo.*) Silencio! he hecho lo que usted ha querido... mas de lo que debia tal vez á mi prima; pero ahora, voto vá! usted hará lo que yo quiera! Volveré con las armas...

Rem. Ah! Bah!

Cap. (*A Isidoro.*) El señor vive en la casa...?

Isi. No señor... en la posada de enfrente...

Cap. Ah! (Bueno es saberlo.) (*A don Remigio.*) Hasta la vista, caballero...! (*Vase.*)

Rem. (Este hombre es una postema...!)

Isi. Hasta luego, caballero. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON REMIGIO. BAUTISTA. CASILDA.

Rem. Cómo! Él tambien! él tambien! Ah! tambien está rabioso! el otro le habrá mordido...!

Bau. (*En el fondo.*) Gran Dios! tia mia! Todo esto me mete un miedo...!

Cas. Pobre jóven...! voy á hablarle.

Rem. (*Furioso y paseándose.*) Es decir que esto es para perder la cabeza... batirme! y por qué? por personas que no conozco...! Es una necedad! Asi voy... (*Da un paso hácia la*

puerta de la izquierda, y encuentra á Casilda.)

Cas. Dígame usted, don Remigio...

Rem. (*Colérico.*) Hem! á otra parte! asi...! no podré yo estar solo un instante en mi casa; parece que aqui es donde vive todo el mundo...

Bau. Ve usted qué modo de...

Cas. Dios mio! su cuarto de usted...

Rem. Me parece que le pago demasiado caro... ocho reales diarios... con que...

Cas. Dios mio! No se enfade usted... esta mañana... me dijo usted...

Rem. Y ahora digo que vuelva usted á su nicho, y que me deje en mi casa, en mi casa, en mi casa...!

Bau. Ya ve usted que nos echa, tia.

Rem. Eh! no digo yo eso por tí, querida...

Cas. Luego es por mí, don Remigio?

Rem. Y qué? sí, es por usted, por usted, que siempre está espiando á las gentes... vieja, yo no sé qué!

Cas. Ah! eso mas... bailarin á medias...!

Rem. Qué es lo que dice usted?

Cas. El aturdimiento de la ópera, con los pasos en falso...

Rem. Acabemos, espía!

Cas. Qué ha dicho...!

Bau. (*Metiéndose entre los dos.*) Tia...!

Rem. He dicho espía!

Cas. Qué insulto...!

Rem. Espiarme aqui dentro...! Salid...! fu-

ria, y no volvais... acabemos con esto...

Cas. Vámonos las dos... y no volveré jamas... Tenga usted cuidado con no retirarse á media noche...

Rem. Bueno...! y á pesar de esa cólera tendrá usted que abrirme.

Bau. (*Separándolos.*) Ah! echarnos asi...! Todo indica aqui un misterio...! Tampoco volveré yo á este cuarto... (*Se van.*)

ESCENA XVIII.

DON REMIGIO.

A Dios! ya estoy desembarazado: era todo lo que deseaba! no hay mas que una cosa que me aflija, esa pobre Bautista; me acuerdo de ella: pobrecilla! pero esto vá á terminarse; es preciso que yo me esplique con mi huéspeda: cómo tengo la cabeza! (*Abriendo la puerta de la derecha.*) Venga usted, señora, venga usted: estamos solos por fin.

Cla. (*Sale.*) Ah! señor, todo lo he oido! crea usted que mi agradecimiento...

Rem. No se trata de eso; pero ya ve usted que las cosas se complican; el primo está loco, el marido sospecha algo; y ahora sobre todo, que esos diablos de guantes amarillos me vienen, no sé cómo es eso...

Cla. Oh! eso es muy sencillo: los he cogido yo en el sombrero de mi marido, y he metido en su lugar los de usted.

Rem. Los mios! los mios!

Bau. (*Abre la puerta del fondo, y entra de pronto.*) Don Remigio, mi caja de carton...

Cla. (*Dando un grito.*) Ah! (*Se vuelve á la alcoba y cierra la puerta.*)

Rem. Bautista!

Bau. (*Sorprendida.*) Una muger! (*Llamando.*) Tia! tia!

Rem. (*Cerrando la puerta.*) Quieres callar?

Bau. (*Mas fuerte.*) Esta es una indecencia! Tia!

Rem. Te callarás?

ESCENA XIX.

DICHOS. CASILDA.

Cas. (*Corriendo.*) Qué es esto?

Bau. Una muger...!

Rem. Bautista!

Bau. No señor, déjeme usted: es horroroso...

Cas. (*Entre los dos.*) Una muger?

Bau. Sí, tia: ahí... en su alcoba; yo lo he visto, él me engañaba.

Rem. Pero no... pero no...

Cas. Una muger! Dios! si fuese... Ah! por eso me insultó, por eso me injurió; nos veremos! Don Jaime!

ESCENA XX.

BAUTISTA. DON REMIGIO.

Rem. (*A Casilda.*) Escuchad... se fue! estoy petrificado.

Bau. Tanto mejor! tanto mejor! eso le enseñará á usted á engañar á una pobre muchacha.

Rem. (*Con voz ahogada.*) Bautista, me has clavado un puñal en el corazon.

Bau. Por qué? Doña Clara...!

Rem. Pues bien, sí! ella es á quien yo he dado hospitalidad contra su marido, con todo honor.

Bau. Déjeme usted!

Rem. Y la prueba es que yo te amaba; es que queria casarme contigo: ahora mismo...

Bau. (*Con alegría.*) Usted, don Remigio!

Rem. (*Colérico.*) Pero se acabó: me has espuesto al sable de un bruto, has vendido á una pobre muger: esto es atroz, es de mal corazon! Vete, ya no te amo, te aborrezco, te maldigo! te maldigo!

Bau. Cielos!

Rem. Vete! y asi no encuentres en todo Madrid un hombre que quiera ser tuyo; asi te mueras doncella, vieja doncella! asi pases tu vida en remendar calcetines como tu vieja tia!

Bau. Don Remigio!

Rem. Y tu vejez en abrir la puerta de una bicoca, como tu horrible tia!

Bau. Oh! no, perdonad; y para reparar mi falta...

Rem. Imposible: oyes qué revolucion hay en toda la casa? Van á venir: qué haré? qué diré?

Bau. Don Remigio!

Rem. Sal, y no te presentes mas á mis ojos. (*Isidoro entra con un par de pistolas en la mano.*)

Bau. (*Como asaltada de una idea repentina.*) Ah! (*Sale con viveza.*)

ESCENA XXI.

ISIDORO. DON REMIGIO.

Rem. Y yo me escapo.

Isi. (*Le recibe en sus brazos, y le detiene.*) Ahora soy de usted.

Rem. Hem! vaya usted con mil diablos! qué le he hecho yo?

Isi. Lo que usted me ha hecho! Puede usted burlarse de don Jaime: un marido... ese es su oficio... nada me importa.

Rem. Cómo que no le importa á usted? Soy yo el que ama á su muger, por ventura?

Isi. Eh! yo tambien la amaba.

Rem. Lo sé: y qué...?

Isi. Cómo y qué? pero esta mañana no estaba ella en su alcoba de usted?

Rem. Y qué?

Isi. No está todavía aqui?

Rem. Ya se ve que sí! pero si... y qué?

Isi. No quiere usted que yo me vengue!

Rem. De qué? Esto es para darse con la cabeza contra una esquina.

ESCENA XXII.

DICHOS. DOÑA CLARA.

Cla. (*Entre abriendo la puerta.*) Isidoro! Primo!

Isi. (*Corriendo hácia ella.*) Qué oigo? es ella!

Rem. Ah! estas gentes me hacen pasar las agonías mas atroces...

Isi. (*A don Remigio.*) Tenga usted cuidado por si vienen...

Rem. (*En el fondo.*) Eso es... bonito oficio!

Cla. (*A Isidoro.*) Tu visita y tus guantes olvidados han causado horribles sospechas á mi marido: yo huí de su cólera... y estaria perdida sin don Remigio, que es el mas honrado y generoso de los hombres.

Rem. (*Volviendo.*) Ya suben... aqui estan.

Isi. Prima! (*Ella entra y cierra la puerta.*) (*A don Remigio.*) Ah! amigo mio!

Rem. Sí, su amigo, que va á recibir un baile.

Isi. Todo lo comprendo.

Rem. Eso es bueno; pero van á echar á bajo la puerta.

Isi. Primero hemos de morir los dos...

Rem. Los dos...! el diablo te lleve!

Isi. Sucumbiremos juntos; seguirá usted mi suerte en todo...!

Rem. Me alegro...! me escapo del uno, para caer en poder del otro...

ESCENA XXIII.

DON REMIGIO. ISIDORO. EL CAPITAN. CASILDA.

Cap. (*Dentro.*) Ah! aqui hay alguien... en casa de don Remigio, en su cuarto...

Cas. Sí, sí, en su cuarto... y una señora... (*Gritando en el fondo.*) Gracias, vecinas...! ya no hay necesidad ahora de guardar la puerta...

Isi. (*Bajo á don Remigio.*) Responda usted con firmeza...!

Rem. (*Bajo á Isidoro.*) Sí, sí, sosténgame usted...

Cap. (*Entrando.*) Cómo es eso? Yo que entré alli esta mañana... y bien! caballero, tendrá usted la bondad de abrirnos esa puerta...?

Rem. Y con qué derecho, ex-dragon, se viola de este modo el domicilio de un pacífico ciudadano...? (*Bajo á Isidoro.*) Sosténgame usted!

Cap. No se trata de eso; ábranos usted esa puerta.

Rem. No la abriré... yo soy ciudadano, usted es ciudadano, todos somos ciudadanos... (*Bajo á Isidoro.*) Sosténgame usted...!

Isi. Para eso estan las leyes...

Rem Voto vá! las leyes! á nosotros no nos faltan; todos los dias las hacen. Vaya usted á buscar al celador...

Isi. Con su baston...

Rem. Con su baston!

Cas. Es claro... ellos se entienden.

Cap. Ah! tambien yo lo creia; tanto mejor;

los tres nos entenderemos... pero antes abra usted esta puerta.

Isi. No!

Rem. No!

Cap. Yo quiero que la persona que está ah salga en el acto... tengo derechos sobre ella.

ESCENA XXIV.

DICHOS. BAUTISTA.

Bau. (*Abriendo la puerta, aparece.*) So bre mí...?

Cap. Cómo...!

Cas. Mi sobrina...!

Todos. Bautista...!

Bau. (*Yendo hácia el Capitan.*) Pues que que reis absolutamente que salga, héme aqui.. yo estaba en el cuarto de don Remigio, e su alcoba... y ahora, usted no querrá perde á una pobre muchacha que se ha compro metido por él...

Cas. Qué es lo que estás diciendo...

Bau. (*Pasando con viveza hácia ella.*) Ah! tia. cuando se case conmigo...

Rem. Ciertamente. (Es una buena muchacha..

Isi. Qué misterio...!

Cap. Usted en este cuarto...?

Bau. Y no es la primera vez; ya estaba en cuando usted entró esta mañana...

Cas. Hem? Cómo... eso no es...

Bau. (*Con viveza.*) Tia, cuando se case co migo...

ap. Cómo, usted estaba...
em. (*Con fatuidad.*) Sí, sí, tras de mis cortinas...
ap. Tal vez no estaría sola... (*Va á entrar.*) y voy...
si. Cielos...!
na voz desde dentro. Don Jaime... don Jaime...!
ap. (*Parándose en el fondo.*) A mí? Vea usted lo que es, señora Casilda. (*Ella se va. El entra en la alcoba. Isidoro le sigue con la vista.*)
em. (*Bajo á Bautista.*) Cómo has penetrado tú ahí? yo no habia conocido...
au. (*Lo mismo.*) Y esa puerta condenada que hay entre nuestras alcobas...?
em. Vaya, vaya...!
au. Yo he dicho que esa puerta solo se abriría á mi marido, y sin misterio.
em. La llave?
au. (*Bajando los ojos.*) Aqui está!
(*Isidoro se acerca á ellos tosiendo. El capitan vuelve, y don Remigio dice, escondien- la llave.*)
m. Espero pasar bien pronto por esa puerta...
s. (*Entrando.*) Señor capitan, una carta.
p. (*Leyendo.*) Cielos! qué veo...? "Estoy en casa de mi padre, que es donde os espero para justificarme." Maldicion! se escapó...
(*Aparte con alegría.*) Se salvó...!
p. (*A Casilda.*) Por culpa vuestra...!
s. Diablo! á menos que no haya salido mien-

tras que estamos aqui... eso no impide q
los veinte y cinco duros...

Cap. Eh! vaya usted con mil demonios! l
casa de su padre! en casa de su padre!

Rem. Calle del Arenal, número 7 nuevo.

Cap. (*Colérico á don Remigio.*) Caballer
nos veremos...

Rem. (*Con timidez.*) Cuando usted guste, ca
tan. (*Despues de irse el capitan, paseán*
se con orgullo.) Cuando usted guste, c
pitan! (*Volviendo con viveza al lado*
Isidoro.) Es decir que voy á Barcelona. N
cesita usted un primer bailarin, un Céfi
aqui estoy. Sigo á usted volando... en ot
términos, en la mensagería.

Isi. Oh! me tiene usted á su disposicion;
sabiendo que mi prima no tiene nada q
temer, nos iremos los dos.

Rem. (*Tendiendo la mano á Bautista.*) Los tr

Bau. Qué dicha!

Cas. Ah! y yo?

Rem. Usted, querida, me hará la cama y me
zahumará con azúcar, porque no pu
mas. (*Sacando el reloj.*) Entre tanto, vo
comer, porque, para mi almuerzo del co
gio... las cinco y media! delicioso dia!
tal que el cielo no nos envie alguna nu
tribulacion! pero no: todo se acabó sin
da, y seremos felices si al público le vie
nuestros guantes amarillos.

FIN.